

Mi abuelo fantasma – Samuel Pecar

De golpe, como si hubiera brotado de la pared se me apareció en medio de la calle. De entrada no lo reconocí. Luego, poco a poco la extraña luminosidad que irradiaba su rostro se fue esfumando y pude distinguir sus facciones. Sí, era el abuelo David con su atuendo de campo, sus botas, su sombrero aludo y el látigo en la mano. Me quedé helado contemplando. Yo estaba loco! No podía ser! El abuelo David había muerto en 1925!

- ¿Quién es usted? Tartamudeé en castellano.
- *Red in idish, smark!* (habla en idish) – tronó él.

Y ese "smark" fue su mejor tarjeta de presentación. Sí, era el abuelo; con esa palabra y con un cachetazo duro como un ladrillo había hecho vibrar más de una vez la dentadura de mi padre. Traté de acopiar algunas palabras de mi flaco vocabulario en idish.

- Pero... ¿Usted es realmente mi abuelo o un...? – y no me animé a decir "fantasma" primero, porque no sabía pronunciar esa palabra en idish y segundo porque temía que se enojara y me sacudiera una de sus cachetadas.
- Claro que soy tu abuelo, tonto; no te acuerdas del zeide David.
- Sí, sí, claro que me acuerdo. ¿A qué debo el honor... este... este de su visita? Digo: ¿vino por algo especial?
- Sí. Vine a ver qué pasa. Hay mucho ruido por estos lados. Día y noche resuenan pasos, a ratos oigo explosiones... ¿Qué ocurre? ¿Se olvidaron de cerrar el corral y se escapó el ganado o se descompuso el motor de una trilladora?
- No abuelo, aquí no hay ganado. No estamos en la colonia.
- ¿Y dónde estamos entonces?
- En la ciudad de Klein Ville.
- ¿Así que tu padre se fue de los Talas? LLámalo enseguida a ese mocosito! Yo le voy a enseñar a no hacerme caso. Le dije mil veces que no se moviera del campo. ¡Tráelo ahora mismo!
- No puedo abuelo
- ¿Por qué, chiquilín desobediente?!
- Porque mi padre murió hace nueve años.
- ¿Murió? ¡Qué raro! En la asociación nunca lo vi.
- ¿En qué asociación?

- En la asociación de ex campesinos de la colonia que tenemos allá arriba.
- ¡Ah! Entonces debe estar en la asociación de ex comerciantes de Klein Ville. Antes de morir tenía una camisería.
- Una camisería –repetió el abuelo con asco- para eso le enseñé a arar, a sembrar, a cosechar, a criar ganado...
- No te enojés, abuelo. Después de tu muerte, el campo se convirtió en un mal negocio.
- De tal palo tal astilla. Él también decía eso: mucho trabajo, poca ganancia, vida triste... ¿Llegó a ser feliz en el comercio, o siguió quejándose toda la vida?
- No tuvo tiempo de quejarse, abuelo. Al dejar el campo empezó a correr detrás de los pagarés y no paró hasta que la alta presión le dejó tendido.
- ¿Y tú aprendiste la lección? ¿O también vendes camisas?
- No, abuelo, yo vendo camperas de cuero.
- ¡Desgraciado! Otro que tiene ganas de reventar antes de tiempo. ¿Al menos haces buenos negocios?
- Así lo hacen mis enemigos. La situación económica es un desastre. Y encima, para colmo, estos últimos atentados contra los judíos...
- ¿Atentados, dijiste? ¿En la Argentina? No puede ser.
- Sí abuelo, en la Argentina.
- No te creo. Los argentinos nos recibieron con los brazos abiertos cuando llegamos al país. Si nos quieren como hermanos! ¿Sabes quién fue tu padrino? El comisario de Los Talas.
- Muy honrado, pero esto no quiere decir que todos los comisarios sean amigos de los judíos. Vamos mal, abuelo.
- Increíble. Pero ¿qué esperan para protestar? Diríjense enseguida a la Jewish Colonization Association y pidan que intervenga. Después junten firmas y manden una carta al Presidente de la República, el Presidente es un gran amigo de los judíos. Seguramente él no sabrá nada de todo esto. En cuanto se entere pegará cuatro gritos y la policía saldrá corriendo detrás de los antisemitas.
- ¿De qué presidentes hablas, abuelo?
- Del nuestro: del Presidente Alvear.
- ¡Ah! No abuelo, el Dr. Alvear murió ya, hace mucho tiempo. Después tuvimos cerca de diez presidentes.

- Tienes razón, me había olvidado. Escucha: se me ocurre otra idea. ¿Por qué no piden que intervengan los gobiernos de Polonia y Alemania? Allí viven muchos judíos. Tenemos hermanos nuestros en el gobierno y en el parlamento. Ellos pueden influir mucho.
- Ya no hay judíos en Polonia ni en Alemania, abuelo.
- ¿No hay? ¿Se fueron a Uganda?
- No, los asesinaron. Mataron seis millones en la guerra.
- ¡Mientes! –rugió él. En la guerra no murieron tantos judíos.
- No hablo de la primera guerra, hablo de la segunda.
- ¿Hubo otra? ¡Imposible! La Liga de las Naciones aseguró que era la última.
- Hubo otra y se habla de una tercera.
- Yo no me quedo un minuto más en este manicomio... Pero, ¿cómo pudieron desaparecer tantos? ¿Qué pasó? ¿Se enfrentaron en bandos enemigos?
- No, abuelo, no los dejaron pelear. Los exterminaron en las cámaras de gases.
- ¿Por qué? ¿Por qué?
- Los nazis dicen que querían solucionar definitivamente el problema judío.
- Díos mío, ¿a todos los mataron?
- Algunos se salvaron, pero solo unos miles quedaron ahí. El resto emigró a países americanos; otros se radicaron en Israel...
- ¿Israel, Israel, dijiste?
- Palestina, abuelo...
- ¡No! ¿Se creó el Hogar Judío? Ya sabía yo que Lord Balfour cumpliría su palabra...
- ¡Qué la va a cumplir! La U.N., la nueva Liga de las Naciones, resolvió la partición de Palestina en 1947 y lo que le correspondió a los judíos se llama Israel.
- ¿Y qué país ejerce el mandato?
- Ningún país, Israel es independiente.
- ¿Está gobernado íntegramente por judíos?
- Sí, abuelo.
- ¿Y quién cuida el orden? ¿La policía, de qué nacionalidad es?
- Son judíos, abuelo.

- ¿Y quién trabaja el campo? ¿Quién construye las casas?
- Los judíos, abuelo.
- Entonces, Israel debe estar llena de judíos. Deben vivir uno encima del otro!
- No, abuelo. Allí sobra lugar. La mitad del país está despoblada todavía.
- ¿Sobra lugar? ¿Hay tierras libres?

Y cuando me disponía a responder ocurrió algo notable. Mi abuelo se dobló sobre sí mismo y comenzó a reírse. Y sus carcajadas se enhebraban y subían y bajaban a mi alrededor como una especie de danza burlo y mordaz. Alcé la mano para calmarlo, pero como si eso hubiera sido una señal, se desvaneció en el aire, sin una palabra, sin una frase de despedida.

Durante mucho tiempo siguió molestándome esa risa de mi abuelo. ¿Qué había dicho yo de gracioso, al fin de cuentas?

SAMUEL PECAR